

XLIV.

La canastilla de boda.

Jacobo la levantó.

—Vacilaba para veros, dijo.

—¿Por qué? interrumpió Eva levantando hácia él sus hermosos ojos azules.

—Temia que la conversacion con el Sr. Didier os hubiera causado más viva impresion.

—¡Oh! exclamó Eva; Jacobo, ¿creeis que la impresion es ménos viva, ménos violenta porque me anego en llanto y no caigo á vuestros piés? Si me habeis encontrado de rodillas ha sido porque no queria estar sentada y no tenia fuerza para permanecer de pié.

Además, ¿no os he dicho: si algun dia os casais no me alejeis de vos? El sacerdote ha venido para anunciarme vuestro enlace, pero me ha dicho que me quedaré á vuestro lado como una hermana, como una amiga: no esperaba tanto. Hemos hablado de expiacion, pero hasta hoy no he expiado nada, no he hecho más que seguir, segun vuestra voluntad, el camino que hubiera seguido sin vos.

Habeis empleado mi fortuna en obras de caridad; eso mismo pensaba yo. Ningun dolor que pudiera compensar el que os he causado he sufrido hasta ahora. Hoy empiezo á caminar sobre espinas y zarzas; ¿pero qué os he dicho? Que deseo no demostraros mi dolor porque temeria cansaros con mis quejas y sollozos. Os agradezco haber escogido un hombre de paz y perdon para darme esa noticia: á la primera palabra he adivinado, he comprendido, y os he dado gracias por haber tenido esa consideracion inútil, pues hubiera deseado saberlo por vos mismo.

Habeis temido mis lágrimas, mis gemidos y tal vez mis quejas, pero olvidais que nada tengo que reprocharos. No; hubiera tenido la fuerza de voluntad suficiente para escucharos con la misma sonrisa que ahora os escucho. Lo he ofrecido, amigo mio, y lo cumpliré.

—Gracias, Eva.

Y tomándola una mano se la besó.

Pero apenas sus lábios tocaron la mano de la jóven, cuando arrojando un grito y tornándose pálida como la muerte, cayó sin conocimiento sobre una silla.

Soportaba el dolor, pero no tenia fuerza para soportar una caricia.

Jacobo aprovechó verla con los ojos cerrados para contemplarla con inconmensurable amor, y poco faltó para que no la tomara en sus brazos y la estrechara sobre su corazon.

Pero tambien poseia gran fuerza de voluntad, y se contuvo.

Sacó un frasquito y lo acercó á la nariz de Eva.

Por dolorosa que hubiera sido la herida, llevaba con ella el bálsamo. Eva abrió los ojos, no pronunció una palabra, pero dejó correr un arroyo de lágrimas, y murmuró:

—¡Oh, qué feliz soy! ¿Qué ha sucedido?

—Os dejo sola Eva, dijo Jacobo; recordad.

Eva y Jacobo no se volvieron á ver hasta la hora de la comida, y no se habló más del Sr. Didier ni de la causa que le habia conducido allí.

El círculo mórado que rodeaba los ojos de Eva aumentaba de dia en dia; su palidez era mate, y dos ó tres veces Jacobo Merey se habia levantado y de puntillas llegaba hasta su cuarto y la oia llorar.

Quiso llevar la conversacion á este terreno; balbuceó y no acabó de expresarse, como temiendo causarle un pesar, pero como si deseara decir alguna cosa: ella acudió á su socorro.

Una noche en que Jacobo estaba más turbado que de costumbre, se arrodilló delante de él y le dijo:

—Jacobo, teneis algo que decirme y no os atreveis: hablad, de-

cidme todo, aunque sea mi sentencia: lo que provenga de vos me será grato.

—Eva, será preciso separarnos por algunos dias.

Eva se estremeció y sonrió tristemente.

Jacobo, nuestra verdadera separacion es desde el dia en que habeis dejado de amarme.

—Pero si vos lo deseais, no nos separaremos ni aun esos dias.

—¿Cómo? exclamó vivamente Eva.

—Voy á Paris á hacer algunas compras: la *persona de quien se trata* es huérfana y no tiene parientes que puedan guiarme para comprar los efectos que siempre agradan á la mujer.

—Pues bien, Jacobo, dijo Eva con el corazon oprimido por las lágrimas; ¿no estoy yo aquí?

—Si me acompañais en ese viaje, seria un gran favor.

—Héme aquí; estoy pronta: cuanto más sufra, Jacobo, más pronto seré perdonada por Dios y por vos.

—Pero si ese sacrificio es superior á vuestras fuerzas...

—No hay más que una cosa para la que no tengo fuerza; para no amaros.

—¡Eva!

—Perdonadme: de las promesas que os he hecho es la más imposible de cumplir; por eso debeis ser un poco indulgente: ¿cuándo partimos?

—Mañana por la noche, si gustais.

—No tengo más voluntad que la vuestra: estaré preparada para mañana.

Jacobo tomó los tres asientos de berlina en la diligencia, y al dia siguiente, despues de dar una ojeada por el castillo de Charelet y por la casa del bosque, partió para Paris acompañado de Eva.

En aquella época se tardaban dos dias para llegar de Argenton á Paris.

Llegaron el 20 de Junio por la noche, es decir, en los dias más bellos del año; subieron en un carruaje, y Jacobo gritó al cochero: Fonda de Nantes.

Eva se estremeció, y miró á Jacobo como diciendo: «¿No me evitareis ningun dolor?»

Merey pareció no fijarse; pero la tomó la mano, se la estrechó amistosamente, y le dijo:

—Eva, sois una criatura tan buena, que se puede fiar en vuestra palabra como en la de un hombre.

Por más esfuerzos que hacia Eva, á medida que se acercaban á la fonda aumentaba su temblor.

Jacobo pidió los dos cuartos que habian ocupado: estaban vacíos.

Al pié de la escalera flaquearon las fuerzas de Eva, y no pudo subir. Como lo habia hecho en otro tiempo, la tomó Jacobo en sus brazos y la llevó hasta el entresuelo.

—¡Oh, cuán feliz he sido en este cuarto, dijo Eva; creí morir en él!

Y se fué á sentar en el borde de la cama con la cabeza baja y llenos de lágrimas los ojos.

—Dispensadme, le dijo á Jacobo, ¿por qué me habeis conducido aquí?

—Porque siempre vengo á esta fonda: por no perder la costumbre.

—¿No ha sido por hacerme sufrir?

—¿Por qué preguntais eso, Eva? ¿Qué huella pueden haber conservado estas habitaciones de lo que ha pasado?

—Teneis razon, Jacobo; pero me es imposible no recordar: parece que veo el fuego en la chimenea, la alfombra empapada en agua, un traje desgarrado; no me amábais ya, pero tampoco me odiábais.

—Jamás os he odiado, Eva; os he tenido lástima: las quejas eran á mí mismo: he cuidado demasiado de perfeccionar vuestro cuerpo, sin haber desarrollado bastante la energía del alma. Ha sido culpa mia, culpa mia; no pensemos más en eso. ¿Qué deseais esta noche, Eva? ¿Quereis salir, ó quereis quedarós mirando á los transeuntes?

—Me quedaré para mirar en mi interior; mi alma está poblada

de recuerdos, y no puedo fastidiarme; pero basta: os canso, Jacobo, y yo me desgarró el corazón. ¿Teneis las medidas para lo que deseais comprar?

—No; pero procuraré encontrar una persona que sea poco más ó ménos de su estatura.

—Si tuviera la dicha de parecerme á esa persona tan feliz, os diria con alegría: Ved si puedo seros útil.

Jacobo miró á Eva como si entonces pensara en eso.

—A fé mia; ¡qué casualidad! me pareceis de la misma estatura, y estoy seguro que podrá hacerse todo á vuestra medida.

—Disponed de mí, Jacobo; ¿no os pertenezco?

—Pues mañana vendrán las modistas y los comerciantes para que vos elijais.

Al día siguiente salió Jacobo muy temprano, recomendando á Eva que estuviera preparada para las nueve: á las ocho y media volvió, almorzó con la jóven y estuvo lo más amable posible.

A las diez empezaron á presentarse las modistas, costureras, lenceras, comerciantes de sedas y demás.

Entonces Eva, con el corazón oprimido, pero con la sonrisa en los labios, escogió las telas para vestidos, los sombreros, las cachemiras, los peinadores, las camisas, enaguas, toda la ropa necesaria para una mujer elegante.

Después los relojes, anillos, peines, collares y guantes.

Jacobo recomendó á Eva que todo fuera bello y lujoso, y la jóven con un vestido de percal, sin una sola sortija, ni joya, escogió por diez mil francos de vestidos, cien mil francos en joyas, veinticinco mil francos de cachemiras, quince mil francos de ropa blanca, sin manifestar tristeza ni deseo de poseer nada de aquellos tesoros de lujo.

Después de medio día le tocó el turno á los corsés, medias de seda y encajes, escogiendo todo á propósito para el cutis y cabello, dando Jacobo tan extensos detalles de la belleza de su prometida, que Eva sufría horriblemente al considerar cuán presente estaba en la memoria de Merrey.

La jóven permaneció sin salir un momento de su cuarto.

A los tres días hizo disponer Jacobo los cajones.

—¿A dónde vais á llevar todo? le preguntó Eva.

—A provincias.

—Pero... ¿no os casais aquí? balbuceó Eva.

—No: en Argenton.

—¿Y habitareis... allí?

—De vez en cuando; porque tendremos casa en el campo y casa en Paris para el invierno.

—¿Y podré habitar en el cuartito de nuestra casa de Argenton?

Y al decir «nuestra casa,» se le anegaron los ojos en lágrimas.

—Permanecereis si gustais, mi buena Eva.

—¡Oh! bien aislada, bien oculta, pero cerca de vos.

—Estad tranquila.

Al día siguiente partieron con la canastilla de boda, que parecia comprada para una princesa.

Dolor y dicha.

Cuando regresaron á Argenton, Jacobo parecia muy satisfecho de sus compras; pero Eva estaba profundamente triste, más aun por parecerse tanto á la que iba á ocupar su puesto en el corazon de Jacobo.

Mientras parecia lejano el dia del matrimonio, Eva lo miró con filosofía; pero cuanto más se acercaba, la idea de que otra mujer se instalaria en la casa y llamaria suyo al hombre que más amaba en este mundo y por el que dos veces habia atentado contra su vida, la causaba una desesperacion infinita. Aquella vaga inquietud propia de su carácter se habia trasformado en una sensibilidad nerviosa, que no la permitia estar tranquila un momento.

Cuando ménos pensaba se levantaba, iba de un extremo á otro de la sala, y llegaba á la ventana para apoyar su frente contra el cristal, torciéndose los brazos y lanzando gritos: bajaba al jardín, y bajo el emparrado ó al pié del árbol de la ciencia permanecia horas enteras entregada á su dolor.

El ruiseñor modulaba dulces trinos, y por la noche Eva salia de su cuarto, bajaba como una loca, le escuchaba, y de repente, cansada de aquel himno de felicidad, le asustaba para hacerle callar y volvía á entrar en casa llorando.

Instado por ella para saber qué dia llegaria la prometida de Jacobo, este la habia dicho que el 1.º de Julio.

Cada dia al levantarse tomaba una pluma y hacia una rayita negra.

Tres ó cuatro dias antes de cumplirse el plazo se presentó el capellan del castillo con una jovencita, que deseaba entrar como hermana de Caridad.

Era hermosa; tenia diez y seis años, y era huérfana: nunca las pasiones habian agitado su corazon, y feliz con aquella tranquilidad, deseaba continuar así.

Mientras que el padre Didier y la jóven estaban en el despacho de Jacobo, Eva abrió la puerta y le hizo seña al capellan que deseaba hablarle.

El capellan consultó á Jacobo con la vista y siguió á Eva.

Poco despues regresaba al castillo, llevando con él á la jóven hermana de Caridad, admitida por Jacobo para el hospital.

En algunas poblaciones habia sido abolida esa piadosa, útil é inofensiva congregacion, pero en el Berri continuaba prestando sus cuidados y consuelos á los desgraciados.

De cuatro hermanas que debian asistir en el hospicio, tres habian sido ya admitidas; la tercera era la jóven de quien hemos hablado.

Aquel dia estuvo Eva más tranquila; en lugar de huir del lado de Jacobo, le buscaba y parecia que deseaba decirle algo, pero sin atreverse.

Jacobo no queria provocar una explicacion.

El dia y la velada pasaron así; á las diez se levantó Eva pálida, vacilante, y se dirigió á Jacobo con intencion de hablarle, pero no tuvo valor, y tendiéndole la mano le dió las buenas noches y salió.

Pero al salir rompió en sollozos y Jacobo los oyó.

Hacia dos dias que la veia sufrir más que de costumbre, pero queria que la confianza la hiciera abrirle su corazon, y no una órden, ni una súplica suya.

Permaneció escuchando; comprendió que se habia detenido y lloraba en el corredor.

—Eva, dijo, ¿por qué llorais más amargamente hoy que ayer?

Eva volvió á entrar, y fué á caer delante de los piés de Jacobo.

—Lloro hoy con más amargura que otros dias, porque veo que

me es imposible cumplir la promesa que os he hecho. Quería, sucediera lo que sucediera, permanecer al lado vuestro, mi buen Jacobo; pero eso sería un manantial de disgustos para vos. ¿Qué mujer, aunque fuera una santa, podría consentirme al lado suyo, viendo que mis ojos buscaban los vuestros y mis manos vuestras manos.

Sois bueno, y no me rechazaríais; pero ¿qué mujer que os amara no estaría celosa destruyendo con sus celos nuestra felicidad?

—No teneis nada que temer en ese concepto, replicó Jacobo; la he dicho todo y me he acusado á mí mismo; nunca os hará una observacion, os lo aseguro.

—Me respondeis de ella y creo en esa promesa, pero yo misma no podría soportar ese espectáculo. Me equivocaba, os engañaba y me engañaba cuando os decía que podría vivir á su lado bajo el mismo techo; si hubiera una mujer capaz de esto, creed, Jacobo, que sería yo; pero no puedo y ninguna podría. Es preciso que me aleje de vos, Jacobo; es preciso que me separe.

¡Oh, mi casita! ¡oh queridos objetos que estoy acostumbrada á mirar y que no veré más! Mañana os daré el último adios, puesto que pasado mañana llega ella.

Y Eva besaba el suelo, y extendiendo los brazos estrechó los piés de la papelera, y arrastrándose llegó hasta el piano y besó las teclas.

Jacobo extendió el brazo, la tomó por la mano y la atrajo hácia sí; Eva cayó otra vez de rodillas apoyada en el sillón.

—Pero al hablarme de eso, será porque habreis formado vuestro plan; ¿cuál es?

—Escuchadme: esa jóven que ha venido hoy con el padre Didier, me ha hecho comprender mi deber. Quisiera vestir como ella el santo traje de hermana de la Caridad, y dedicarme al servicio del hospital fundado en el castillo en donde nací. Exigid de mí lo que puedo dar ó pedidme mi vida; sufrid que me rescate, ya que no tengo fuerza para expiar.

—¿Habeis consultado hoy al padre Didier?

—Sí.

—¿Y qué os ha dicho ese hombre piadoso?

—Me dijo que era una inspiracion del cielo, que me animaria y sostendría en la senda de la salvacion. Pero lo que me ha dicho y lo que me decide á pedir os gracia para lo demás, es que ireis á ver á los enfermos y á los pobres una vez por semana, y entonces os veré.

—Pero ya sabeis, Eva, que las hermanas deben ser pobres y vos poseeis aun más de un millon.

—¿Y cómo haremos, Jacobo, para que esa fortuna desaparezca? ¿No teneis un poder mio? Pues dad, vended, haced lo que gustéis con tal que pueda dedicarme en la soledad á Dios, á los pobres y á vos.

—Reflexionad, Eva; si despues os arrepentís cuando vistais el traje de sierva de Dios, sería tarde.

—No me arrepentiré, tranquilizaos. Estoy segura de mí misma.

—No; reflexionad hasta mañana á las cinco, hora en la cual subiremos al carruaje y os conduciré al castillo de Charelet; allí os aconsejareis por última vez con el padre Didier, y despues haré lo que deseéis.

—Gracias, Jacobo, gracias, dijo tomando la mano del doctor y cubriéndola de besos febriles.

Despues se retiró á su cuarto, pasó parte de la noche en oracion y se durmió á la madrugada.

Cuando se despertó preguntó por Jacobo, y la dijeron que había salido, pero que había dicho volvería á buscarla á las cinco.

A las cinco se paraba el carruaje en la puerta de la casita.

Eva había consagrado el día á despedirse de todos los objetos queridos; llevaba flores de todos los árboles; besó todos los muebles de su cuarto y del laboratorio; su intencion fué pedir la permitieran llevar todo lo que encerraba su cuarto, pero el capellan la había dicho que no podía ser, porque sería distinguirse de las otras hermanas. No insistió, y solo llevó el crucifijo de marfil, que era regalo de Jacobo.

El momento de partir fué cruel; no podía separarse de los brazos de Marta, quien lloraba copiosamente. En fin, con el pañuelo

en los ojos se lanzó dentro del carruaje, y los caballos salieron al galope.

No había vuelto al castillo desde el día en que salió de él con su tía para ir á Alemania; por consiguiente, no tenía para ella más que recuerdos sombríos, y no sintió ninguno de los adornos señoriales que le habían quitado para convertirle en hospicio.

Dos personas aguardaban en la puerta; Juan Munier, á quien Eva tendió amistosamente la mano, y José, á quien dijo humildemente:

—Abrazadme, padre mio, porque lo habeis sido para mí.

—¿Y él? preguntó José señalando á Jacobo.

—¿El? El ha sido más que mi padre, ha sido un Dios, dijo Eva besándole la mano.

Jacobo había bajado ya; dió la mano á Eva para ayudarla á bajar.

—¿Quereis visitar el establecimiento de que sois fundadora, mi querida Eva? preguntó Merey.

—Con mucho gusto, contestó apoyándose en su brazo y agitada por tan diversos pensamientos, que se le desvanecía la cabeza y las piernas se negaban á sostenerla.

En el hospital había ya quince ó veinte enfermos, y en el hospicio una docena de madres y viudas con sus hijos.

Los enfermos y los desgraciados sabían, porque se lo habían advertido, que la que llegaba á visitarlas era la antigua dueña del palacio, del que había hecho una casa de asilo para renunciar á los bienes mundanales.

Todos la rodearon, todos la siguieron colmándola de bendiciones, y atravesaron así todas las salas del piso bajo y del principal.

Eva interrogaba á las viudas sobre sus desgracias, y se informaba de los sufrimientos de los enfermos.

Encontró á la jóven hermana que había estado el día antes con el capellan en casa del doctor, y la abrazó. Cuando se alejó detuvo su mirada sobre el traje pintoresco y al mismo tiempo triste que vestía.

Eva preguntó qué habitacion era la que se veía iluminada.

—Es la iglesia, contestaron.

—Pues vamos á ella, dijo Eva.

En aquel momento los niños se esparcieron por el jardín y cogieron flores; las madres rompieron algunas ramas; los niños alfombraron la iglesia con flores desde la puerta hasta el altar mayor, y los hombres y las mujeres formaron un pabellón de follaje, bajo del que pasaron Eva y Jacobo.

El padre Didier, con su traje para officiar, estaba delante del altar; á sus piés se veía un cojín.

Eva creyó la aguardaba para exhortarla sobre los deberes del estado á que se iba á consagrar; separó el cojín y se puso de rodillas sobre la piedra.

Entonces, con inmenso asombro suyo, vió á Jacobo arrodillarse á su lado.

—Padre mio, dijo Merey; os presento no solo á una santa, sino á una mártir. La amo, y deseo que á la vista de toda la población, que la debe el apoyo y la tranquilidad, nos unais con el santo lazo del matrimonio.

Eva lanzó un grito que más parecía de dolor que de júbilo, y levantándose se oprimió la cabeza con las dos manos, y exclamó:

—¿Estoy loca? ¿Es verdad que Jacobo me dice que me ama y me toma por esposa?

—Sí, Eva, sí, os amo, replicó Jacobo; no como vos mereceis que os amen; pero sí cuanto es posible amar á una mujer.

—¡Dios mio, Dios mio! gritó Eva.

Y palideciendo densamente, cayó sin sentido sobre el pavimento.

Cuando recobró el conocimiento estaba en la sacristía, y Jacobo Merey de rodillas la estrechaba contra su corazón.

Entre tanto resonaban los gritos:

—¡Viva el doctor Jacobo Merey! ¡Viva la señorita de Charelet!

—Volvamos á la iglesia, amada mia; dijo Jacobo.